

CAPÍTULO IX.

Misiones extranjeras. — Gaspar Barzea es elegido provincial de las Indias en reemplazo de Francisco Javier. — Luis Mendez y Pablo Valles asesinados por los salvajes. — Misiones en la isla de Ceilan. — El P. Juan Beira en las islas del Moro. — Martirio del P. Alfonso de Castro. — Los Jesuitas en Tanaa, en la isla de Ciorano, en Divaran y Celebes. — Baretto y Almeida en el Japon. — Persecuciones en Facata. — El P. Villela en Monte Yesan. — Villela en Meaco. — El rey de Ormura se convierte al cristianismo. — Los Jesuitas en el Brasil. — Los antropófagos. — Misioneros entre ellos. — Pedro Correa ingresa en la Compañía. — José Anchieta en medio de los salvajes. — Los PP. Correa y Soza son asesinados por los caribes. — El calvinista Villegagnon en el Brasil. — Pasan los Jesuitas á la Etiopía. — El P. Andrés Oviedo y el rey de Abisinia. — Oviedo condenado al destierro. — Misiones de Congo. — Jesuitas expulsados de este país. — El P. Silveira entre los cafres, y su martirio en Monomotapa. — Mision de Angola. — Pasan dos jesuitas á Egipto en clase de legados del Papa. — El P. Melchor Nuñez penetra en la China.

El 6 de enero de 1685, al pronunciar Fenelon en la iglesia de las Misiones extranjeras de Paris su magnífico discurso sobre la Epifanía, exclamó:

«Pero ¿qué es lo que observo en el transcurso de dos siglos á esta parte? regiones inmensas que se abren de repente á las hue-llas humanas; un nuevo mundo desconocido al mundo antiguo «y mayor que él. Guardaos de creer que se haya debido únicamen-te á la audacia de los hombres tan prodigioso descubrimiento. «Dios no concede á las pasiones humanas, aun cuando parece que «se arriesgan á acometer las empresas mas inasequibles, sino lo «que indispensablemente necesitan para ser unos instrumentos «de sus designios; y si el hombre obra es porque Dios le conduce «como por la mano. La fe aclimatada en la América después de «haberse visto expuestos sus propagadores á los mas furiosos em-bates, no ha cesado hasta el dia de llevar copiosos frutos.

«Pueblos de los confines del Oriente, ¿en qué os deteneis? ya «ha llegado vuestra hora. Alejandro, ese augusto y rápido con-quistador, quien describe Daniel no tocando el suelo con sus piés, «y que ardió en deseos de sojuzgar al mundo entero, se detuvo á

«gran distancia de vosotros; pero la caridad sigue su rumbo y
«camina mas que el orgullo. ¿Qué pueden las arenas abrasadoras,
«los desiertos y las montañas, la distancia ó proximidad de lu-
«gares, las tempestades y escollos de tantos océanos, la intempe-
«rie del clima, ni el fatal ecuador desde donde se descubre un
«cielo nuevo, ni las flotas enemigas, ni las regiones habitadas por
«los bárbaros, para contener el celo de los hombres á quienes
«Dios envía? ¿Quiénes son estos que vuelan como las nubes?
«Pueblos, conducidlos en alas de vuestro deseo; porque el Me-
«diodia, el Oriente y las islas desconocidas los aguardan y miran
«venir desde léjos, guardando un profundo silencio. Cuán her-
«mosos son los piés de esos hombres á quienes se ve venir desde
«lo alto de las montañas á conducir la paz, á presagiar los bienes
«eternos, á predicar la salvacion, y á decir á los mortales: ¡Oh
«Sion! tu Dios reinará sobre tí! Hé aquí á estos nuevos conquis-
«tadores que se aproximan inermes, y que vienen, no para ar-
«rebatir las riquezas y derramar la sangre de los vencidos, sino
«para ofrecerles la suya propia, y comunicarles el celestial tesoro
«de la cruz del Salvador.

«Pueblos que los visteis venir, ¿cuál fue desde luego vuestra
«sorpresa, y quién puede representarla? Esos hombres que se
«acercan á vosotros sin hallarse estimulados por ningun motivo
«de comercio, de ambicion ó de curiosidad; esos hombres que
«sin haberos jamás visto y aun sin saber si existiais, os amaban
«tiernamente y han abandonado cuanto poseian por vosotros, bus-
«cándoos á través de todos los mares, expuestos á tantas fatigas
«y peligros, ¿han tenido acaso otro interés que el de daros parte
«de la vida eterna que han descubierto? Naciones sepultadas en
«la sombra de la muerte, ¡cuán hermosa es la luz que han veni-
«do á difundir sobre vuestras cabezas!

«Y ¿á quién debemos, hermanos míos, esta bendicion y esa
«gloria contemporánea nuestra, sino á la Compañía de Jesús, que
«aun estando en su cuna, abrió con el auxilio de los portugueses
«un nuevo camino al Evangelio en las Indias? ¿No es ella quien
«atizó las primeras llamas del fuego apostólico encerrado en el seno
«de esos hombres consagrados á la gracia? Jamás se borrará de
«la memoria de los justos el nombre de ese hijo de Ignacio¹ que

¹ Aluden estas palabras del digno arzobispo de Cambrai al P. Alejandro de Rodes, Jesuita y natural de Aviñon, quien después de haber pasado veinte y

«con la misma mano con que habia rechazado el empleo mas bri-
«llante, formó una pequeña sociedad de sacerdotes, gérmenes
«benditos de aquella comunidad¹.»

Los Jesuitas habian merecido con razon el elogio que Fenelon hacia de ellos en términos tan elocuentes, desde la cátedra de la verdad; y para probarlo basta referir sus misiones.

Habia muerto Javier; pero el espíritu que animaba al Apóstol dirigia aun á sus discípulos: reemplazábale como provincial de las Indias Gaspar Barzea, que en este mismo año vió regada con la sangre de dos Jesuitas la costa de Pesquería, espirando á manos de los bárbaros Luis Mendez y Pablo Valles.

Este doble martirio estimuló de tal modo á los demás Padres, que todos ansiaban tan celestial corona. El P. Enriquez pasó á suceder á los dos que sucumbieron en las costas de Pesquería, y otros dos Jesuitas se abren paso en la isla de Ceilan, concediendo el Bautismo á un príncipe del Cabo Comorin que le habia pedido, cuyo ejemplo siguió toda la isla haciéndose cristiana.

cinco años en las misiones del Tong-King y en la Cochinchina, siendo el primero que habia predicado en ella la fe de Jesucristo, volvió á Europa, y presentándose á Inocencio X, le propuso formar un clero indígena entre los cristianos del Oriente. Aplaudió el Papa esta proposicion del P. Rodes, y determinó consagrarle por primer obispo de Tong-King; pero el Jesuita rehusó constantemente esta dignidad, sin que se pudiese jamás vencer su resistencia. Comisionado por el soberano Pontífice para buscar sugetos de un mérito distinguido, y dignos de ascender al episcopado, dirigió su vista hácia la Francia, hija primogénita de la Iglesia romana. Hé aquí cómo expresa el mismo Padre la consoladora esperanza que le animaba al pensar en este reino: «Después de haber adelantado cuanto me ha sido posible todos los negocios que me habian hecho regresar del país mas remoto de la tierra, he empezado por la tercera vez el mismo viaje, mas me he guardado de volverme solo ahora que soy viejo y próximo á descender á la tumba. He creido que siendo la Francia el reino mas piadoso del mundo, me suministrará varios soldados que pasen á conquistar el Oriente entero para someterle á la fe de Jesucristo, y que hallaré medio de poseer obispos que sean nuestros padres y maestros en aquellas iglesias: he salido de Roma con este intento el 11 de setiembre de 1632, después de haber besado los piés al Papa.» (*Viajes y misiones del P. Alejandro de Rodes, III parte, pág. 78*).

No se vió defraudado en su esperanza: doce estudiantes jóvenes, iniciados unos en el estado eclesiástico, y aspirando otros á formar parte de él, se ejercitaban, bajo la direccion del P. Bagot, jesuita, en la práctica de todas las virtudes, cuando llamados por el P. Rodes, se presentaron á él espontáneamente y formaron el núcleo de la célebre Congregacion de las misiones extranjeras de Paris.

¹ *Obras de Fenelon*, tomo VII, pág. 144 (edic. de Paris, 1791).

En 1555 abjuraron la fe los moradores de las islas del Moro, profanando sus iglesias, derribando las cruces, y sometiéndose al príncipe de Gilolo una de las Molucas.

En esta misma época sobrevinieron al país las mas terribles calamidades: negóse la tierra á producir los vegetales; inundáronse sus campos con torrentes de lluvia; la peste invadió sus ciudades, y las erupciones volcánicas parecieron quererle sumergir; y como si no fuese suficiente este horrible azote de la cólera celestial, lanzáronse á su vez los portugueses sobre la isla. Hallábanse ya próximos á conseguir una victoria completa; el príncipe de Gilolo cayó en manos de los portugueses, quienes habian tomado el partido de castigar severamente á sus súbditos, cuando apareció de repente el P. Juan Beira haciendo las veces de mediador, y contribuyendo á la conversion de estos isleños, á quienes se ha propuesto proteger contra la venganza de los europeos. Apenas se deja oír su voz entre aquellos corazones desesperados, cuando mas feliz que las armas portuguesas consigue reducirlos á abrazar la religion católica de que habian apostatado.

El Bautismo era la recompensa de los neófitos, así como el martirio la de los misioneros. Habíase declarado cristiano el rey de Bachian; pero los mahometanos, que no podian consentir en permanecer espectadores indiferentes de los progresos que el Evangelio hacia en el centro de su imperio, asesinan cobardemente al P. Alfonso de Castro, jefe y director de esta misión.

En Goa y en la parte interior de las poblaciones del Norte se mostraron mas dóciles los paganos, colocándose desde luego en derredor de la cruz, que reconocian como su égida salvadora contra las irrupciones de los portugueses: erigen en Tanaa una ciudad de refugio que sirviese de asilo á los neófitos; edifican los catecúmenos un colegio en la villa de Cuman, próxima al golfo de Cambaya, y en la isla de Giorano solicitan la llegada de algunos Jesuitas que pasen á conducirles la buena nueva de su salvacion.

Divaran, una de las islas Calamianas, cede á este mismo impulso, convirtiéndose á la fe católica en 8 de agosto de 1560 mil doscientos y siete de sus moradores. En la de Ormus, donde habia diseminado la divina palabra el P. Gaspar Barzea, renueva la fe el Jesuita Arias Bundan. Los bagades hacen una segunda irrupcion en las costas de Pesquería, y deseando el P. Mesquita

proteger á sus prosélitos, cae cubierto de heridas en manos de aquellos bárbaros, que ajenos á toda piedad, asesinan en su presencia un gran número de cristianos, á quienes echa su bendicion y consuela en sus torturas.

La isla de Celebes, que habia ansiado durante mucho tiempo el arribo de los Jesuitas á sus costas, abrió sin demora los ojos á la luz del cristianismo; siendo bautizados por el P. Magallanes el rey de aquella comarca y mas de mil y quinientos de sus vasallos. Los príncipes de Siao y el hijo del rey de Banca someten su cerviz al yugo del Evangelio, aprendiendo de los misioneros el arte de hacer la ventura de sus pueblos, y aprendiendo estos á su vez el de obedecer á sus soberanos, luego que con el Bautismo recibieron en sus almas el gérmen de la civilizacion.

Habia dejado Javier en el Japon á Cosme de Torres y á Fernandez. Compañeros del Santo, cuyo nombre aun resonaba por todo el imperio, debian sostener la gloria que su ardor inagotable se habia adquirido: Javier habia emprendido por sí solo la conquista del Japon, y Dios habia bendecido su empresa; ya no faltaban sino operarios que fecundasen la semilla que el Apóstol habia diseminado. La isla de Firando saludaba con júbilo el pabellon enarbolado de la cruz, y por todas partes se establecia tan augusta enseña. Bernardo, el primer japonés á quien bautizó Javier, solicitó ingresar en la Compañía, y se dirigió á Roma con este objeto. El P. Nuñez Baretto y Luis de Almeida continuaban el apostolado de Javier cerca del rey de Bungo, cuyos súbditos habia diezmado la guerra; pero este Príncipe demasiado afecto á los placeres, retardaba el instante de su conversion, y esperaba que el gran Bonzo europeo le protegiese contra los ataques de sus enemigos.

Neutrales los misioneros en medio de estas contiendas, ocupábanse únicamente en promover la gloria del Altísimo do quiera que se encontraban, y haciendo el oficio de medianeros entre ambos partidos, evangelizaban la paz á los soberanos y á los pueblos; pero los bonzos, que eran los agentes secretos de la discordia, no se avenian tan fácilmente con su pacífica intervencion. Acusaron á los Jesuitas de motores de la guerra, achacando su duracion á la estancia de estos en el país; y aprovechando todas las cruentas escenas de que fueron teatro las ciudades de Amanguchi, Fucheo y Firando, sublevaron á los moradores de Facata contra

los misioneros. Lanzóse el populacho en el mes de abril de 1559 á la puerta de la iglesia y morada de los Padres, conduciendo una multitud de teas incendiarias, que aplicadas al maderaje del edificio le convirtieron en pocos instantes en un inmenso volcan; pero se hallaban á cubierto del furor popular los PP. Gago, Villela y demás hermanos que trabajaban con ellos.

Pocos dias después escribia al P. Torres un tunda ¹ del Monte Yesan, que los portugueses llamaron Montaña feliz, expresándose en los siguientes términos: « Vos que habeis recorrido innumerables países, y atravesado infinitos mares, exponiéndos á tan numerosos peligros; ¿rehusaréis venir á establecer vuestra Religión en estas montañas que tanto interés os han merecido?»

Villela, que encontraba en este llamamiento á la Montaña feliz un consuelo indecible y una esperanza lisonjera, se manda rasurar la barba y los cabellos, como aparentando imitar las costumbres de los bonzos, y se dirige hácia la montaña á bordo de un navío que se hizo á la vela para Sacai. Los marineros eran idólatras y supersticiosos, y viéndose sorprendidos por una espantosa calma en alta mar, se persuaden al momento que deben esta calamidad á la maligna influencia de los sacerdotes europeos; amenázanlos con la muerte, los llenan de insultos y los maltratan sin piedad. El navío llegó por fin á su destino, y los Padres pudieron encaminarse á Monte Yesan, y desde allí á Meaco, á cuya capital arribó Villela el 30 de noviembre de 1559.

Solicitó y obtuvo el Jesuita del Cubo-Sama, residente en Meaco, el permiso de predicar; y cercado de un pueblo inmenso á quien anuncia el reino de los cielos, y que le escucha con ansiedad y respeto, recorre las calles de la poblacion con el Crucifijo en la mano. Indignáronse los bonzos, como era de esperar; pero viendo que no podían perseguir á los Padres, por haberlos tomado bajo su proteccion el favorito del Cubo-Sama, llamado Mioxindono, tomaron el partido de estudiar á fondo la religion que pasaban á inocular en sus almas aquellos extranjeros que habian acudido á su país atravesando regiones tan distantes; y Quenxu, uno de los mas sabios de sus doctores, es el primero que abraza el catolicismo. Este suceso infunde ánimos á Villela; quien después de haber visto erigir una casa de su Orden en Meaco, se dirige á Sa-

¹ Jefe de los bonzos.

eai, en la provincia de Izumi, poblacion opulenta, y que en 1562 llegó á contar un gran número de cristianos.

Convirtiósese tambien á la fe católica en este mismo año, Sumitanda, rey de Ormura, quien otorgó á Torres la facultad de predicar y erigir templos: mas no paró aquí el fervoroso celo del nuevo prosélito; deseando pasar de catecúmeno á misionero, se dirige á sus oficiales y soldados en medio del tumulto y confusion de los campos, y se improvisa su apóstol; ejemplo que tambien siguió el rey del Arima franqueando sus Estados á los Jesuitas conducidos por el P. Almeida.

Era la caridad un fenómeno desconocido en estas regiones; por cuya razon se proponian aclimatarla los Padres, al paso que introducian el Evangelio. Apenas habian sentado el pié en este país infiel, ya no se ocupaban ni de su salud, ni de las comodidades de la vida. Para hacerles comprender las máximas del Evangelio, era preciso hablarles al corazon por medio del ejemplo: empezaron, pues, por crear hospitales, siendo á la vez los médicos y enfermeros; y como á los ojos de unas poblaciones egoistas por espíritu de religion, aunque dotadas de una extraordinaria sagacidad, no podian tamaños sacrificios ser prodigados en vano, después que empezaron los japoneses á formar el cotejo de ambas religiones, se inclinaron desde luego al catolicismo.

En 1549 los portugueses se lanzan sobre las olas para ir á edificar en el golfo de Bahía la ciudad de San Salvador: en la misma flota marchan los Jesuitas Manuel Nobrega, Juan Azpilcueta, Leonardo Nuñez, Antonio Petrio, Jacobeo y Rodriguez; quienes al paso que los portugueses levantaban los cimientos de la ciudad, se ocupaban en la ereccion de una iglesia, y en aprender el idioma del Brasil. Apenas hubieron poseido los primeros rudimentos de la lengua, cuando empezaron á diseminar la divina palabra; mas aun les restaban que vencer numerosos obstáculos para poder reunir oyentes. El Brasil se hallaba á la sazón completamente sumido en la barbarie, pero en aquella barbarie que solo aparece tras una civilizacion agotada mucho tiempo há. El vicio reinaba allí bajo todas sus formas; la crueldad les impelia hasta devorar los cadáveres de sus enemigos, y hubiera podido suceder que por una débil esperanza de voluptuosidad ó de lucro, hubieran sido capaces de vender á sus esposas, madres y aun hijas. Y por consiguiente no habia poblacion, una vez que se hallaban rotos los

lazos de familia. El único culto que profesaban aquellos bárbaros era la magia con el agregado de todas sus supersticiones.

No carecian, á la verdad, de piedras los portugueses para edificar á San Salvador; pero les era mas difícil hallar habitantes que la poblasen. Encargáronse los Jesuitas de esta mision, saliendo en busca de niños, á quienes amoldaban á las costumbres europeas; é internándose poco á poco en el país, visitaron á los salvajes en sus aduares, procurando ganar su confianza, haciendo con ellos el oficio de criados, y prestándoles todos los servicios que podrian exigir de tan extraño celo. Dejéronse arrastrar los brasileños tras el torrente de una caridad, cuyo móvil estaban léjos de comprender; conocian únicamente que les eran indispensables los Padres; y sin mas, los admitieron favorablemente en sus bosques, permitiéndoles que disputasen sobre la Religion con sus magos ó falsos profetas, abriéndose paso á la fe en los corazones de algunos, y facilitando al P. Nobrega la localidad necesaria para el establecimiento de tres residencias.

El P. Leon Nuñez evangelizaba á los salvajes del interior en union de Pedro Correa, descendiente de la familia real de Portugal. Habia este consumido una gran parte de su vida en el Brasil, sin que hasta entonces se hubiese ocupado en las obras de beneficencia apostólica; soldado y conquistador, solo deseaba entonces aumentar el número de los súbditos, ó mas bien de los mercenarios del rey de Portugal. El P. Nuñez habia comprendido de otro modo la mision á que se habia consagrado: no renunciaba espontáneamente á su familia y á su patria para acumular cadenas, sino para romperlas; porque la Religion no exigia de él que hiciese esclavos sino hombres libres. Explica Nuñez á Correa la ley de la caridad; este último confesó su error, y para repararle en algun modo, el descendiente de los reyes se hace Jesuita.

Habíanse compartido sus tareas los Jesuitas, ocupándose unos en reunir en sociedad estas tribus errantes, y otros en desarrollar en los europeos los sentimientos de religion, apropiándose Nuñez exclusivamente el cuidado de los esclavos, rompiendo sus cadenas, y erigiendo un hospicio para sus hijos.

Los brasileños son en extremo apasionados al canto; tradujéronles en verso los Jesuitas los misterios y preceptos de la Religion, y haciéndoselos aprender á los jóvenes, marchan á su cabeza, cantando por las calles estas verdades, que hizo después popula-

res la música. Existian en estas comarcas muchos antropófagos, y los Padres forman una piadosa cruzada para oponerse á semejantes horrores. Se les ve plantar su tienda de campaña en medio de aquellas hordas que se preparan á celebrar sus horribles festines. Pueden muy bien ser ellos mismos las víctimas; pero este temor no basta á detenerlos en el cumplimiento de su deber: y luego que ven que no son suficientes sus ruegos para triunfar de la barbarie, ya que les rehusan salvar el cuerpo de la pobre víctima, pretenden salvar el alma, y bautizan á los desgraciados que van á servir de pasto á los caníbales. Persuadiéronse muy pronto estos bárbaros que el agua derramada sobre la cabeza de las víctimas tornaba su carne menos succulenta, por lo que amenazaron á los Jesuitas de hacer con ellos otro tanto, si proseguian verificando la misma ceremonia; amenaza que fue para ellos un nuevo estímulo.

En esta misma época (1553) hizo Loyola del Brasil una provincia de su Orden, nombrando provincial al P. Nobrega, é instituyendo varias escuelas en que se educaba á los neófitos. José Anchieta, natural de Tenerife, á quien han hecho mas célebre sus misiones que sus hermosas poesías latinas, empezó su noviciado para ir á hablar de paz á los tamuyas; estos, en vez de escuchar sus proposiciones, le señalaron dia para comérsele en un convite solemne. Respóndeles el Jesuita que aun no ha llegado su hora; y aunque podia sustraerse á su furor, permanece en medio de estos salvajes para probarles que la muerte no será un obstáculo que le impida anunciarles á su Dios. Los tamuyas eran bárbaros, pero al ver este valor tan admirable, renuncian á su proyecto, y aun escuchan sumisos su palabra.

Los cariges, poblacion del interior de América, oyendo hablar de la milagrosa virtud de estos sacerdotes, solicitaronlos sin demora, y viendo que no acudian, se pusieron doscientos de ellos en camino para recibir el Bautismo acompañados por algunos españoles. Cae sobre ellos una horda de salvajes, quienes asesinaron á muchos, y conservaron á los demás para inmolarlos en sus festines. Luego que supieron los Jesuitas este nuevo atentado contra la humanidad, marchan Soza y Correa con el objeto de libertar á estos idólatras, á quienes la fe ha improvisado cristianos, por decirlo así, y los arrancan de brazos de la muerte, volviendo con ellos á su patria. Entre los indígenas, á quienes acababa de salvar la caridad de los Jesuitas, habia un español que tenia por

concubina una mujer del país. Soza habia introducido el arrepentimiento en el corazon de esta mujer que amaba el español con delirio, y viéndola retroceder al cumplimiento de sus deberes, ya no aspiraba mas que á la venganza. Los caribes eran buenos, aunque crédulos, y el español, que conocia su flaco, empieza á calumniar delante de ellos á los Padres diciéndoles que han pasado á su país con intencion de dominarlos. El populacho, sobrecogido de un vértigo infernal, se improvisa el verdugo de aquellas víctimas que han acudido á su voz y á sus ruegos.

La fama de tantos sucesos y martirios se habia extendido por todos los ángulos del mundo, llegando hasta Ginebra á excitar los celos y cólera de Calvino, quien observando que la Compañía de Jesús tenia misioneros en el Nuevo Mundo, quiso tambien lanzar á él los suyos. Propúsole Nicolás Durand de Villegagnon, antiguo caballero de Malta, renegado, que condujese al Brasil una colonia de franceses adictos á la herejía; proposicion que fue aceptada sin tardanza, arribando Villegagnon hácia fines de noviembre de 1555, época en que ya existian dos herejes en estas comarcas, que hasta entonces no se habian podido poner de acuerdo en su creencia. El libre exámen producía ya la desunion. Villegagnon, testigo y víctima de sus contiendas, habia tenido ocasion de mirar las pruebas de rendimiento y subordinacion que daban los Jesuitas; habia tambien admirado la unidad que reinaba en sus doctrinas, y el enlace que presidia á todos sus actos; y de apóstata, por seducccion, pasó á ser por conviccion católico.

En la misma época penetraban otros Jesuitas en la Etiopia. Este vasto país, que significa en griego el país de los hombres negros, está limitado por el Egipto, el mar Rojo, el Sahara y la Guinea septentrional, y casi enteramente incluido en la zona tórrida. El aire es abrasador y malsano; empieza el estío en el mes de setiembre, y dura hasta marzo en que empieza el invierno, que dura tambien otros seis meses. Los negros que le habitan están dotados de una inteligencia superior, ó al menos no tan brutal como los de las otras regiones: comprende la Etiopia varias naciones y entre ellas la Abisinia, que era donde tenian orden de avanzar los Jesuitas.

El Preste-Juan¹, es decir, el monarca de esta region, era

¹ Preste-Juan significa en etiope, *grande y precioso*: esta raza de soberanos pretendia descender de Salomon.

en 1546 Asnaf ó Claudio, hijo de David, á quien llamaban tambien Onag Segned. Contaba la Abisinia un gran número de cristianos primitivos; pero su religion era una mezcla de las herejías de Eutiques y de Dióscoro, componiéndose el resto de la poblacion de judios, mahometanos y paganos. Siguiendo en esto Claudio el ejemplo de su padre, se habia negado á reconocer al obispo cismático que remitía el patriarca de Alejandria para gobernar á los Cristianos, y habia pedido al rey de Portugal que encargase esta mision á algunos sacerdotes católicos, dirigiéndose al mismo tiempo al Pontífice y á Ignacio de Loyola para que nombrasen un patriarca de Etiopia.

Tenia esta dignidad algo mas de peligroso y de incómodo que de fastuoso y lucrativo. El General de la Compañía obedeció la orden del Papa, y designó á Nuñez Baretto en clase de arzobispo, y á Oviedo y Carnero en la de coadjutores, investidos ambos con el carácter de obispos de Hierápolis y de Nisa, partiendo de Roma á principios de marzo de 1555 con otros diez Padres, y tocando en Goa en setiembre del mismo año.

El Emperador habia reflexionado, ó mas bien los cismáticos habian introducido en su espíritu la alarma, pintando á los misioneros como los precursores de la invasion europea; haciéndole entender, que á ejemplo de los demás reyes, sus vecinos, vendria á parar en tributario de sus conquistadores, y que la religion católica sancionaba todos estos despojos. Asnaf prestó asenso á estas insinuaciones, y después de haber escuchado la explicacion de Gonzalez en presencia de su Consejo acerca de los principales artículos del dogma, le entregó una carta para el rey D. Juan, que venia á ser una despedida en forma. Regresó Gonzalez á Goa; pero Andrés Oviedo que no se hallaba dispuesto á ceder el terreno con tanta facilidad, penetra en Abisinia en 1557, y propone al Príncipe que le permita una disputa con sus mas afamados doctores. Claudio, que abrigaba tanta justicia en su corazon como debilidad en el carácter, otorga á Oviedo la facultad de celebrar los divinos oficios, y aun asiste á sus conferencias; si bien le da á entender que todos sus esfuerzos serán inútiles, porque sometiéndose á la autoridad de la Santa Sede, se veria expuesto á conmociones interiores, que no se sentia con fuerza para arrostrar. Sentíase por lo tanto Oviedo colocado entre un príncipe irresoluto y unos súbditos cismáticos, que tenian un poderoso interés en ale-